

DOMINGO XXVII, TIEMPO ORDINARIO, CICLO A

DIOS SIEMPRE CUIDA DE NOSOTROS

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Isaías 5, 1-7; Filipenses 4, 6-9; Mateo 21, 33-43



1. Quizá hayas leído o escuchado este cuento o parábola más de una vez. Dado que de las parábolas, aunque no sean bíblicas, suelen sacarse enseñanzas, el escucharlo, una vez más, puede ayudarnos en este Día del Señor. El cuento o parábola dice así: *el único sobreviviente de la inundación de un barco, a causa de una terrible tormenta, fue llevado por las olas a una isla completamente deshabitada. El hombre, desesperado y sin saber qué hacer, rezaba continuamente a Dios pidiendo por su rescate. Todos los días miraba hacia al horizonte en busca de algún barco, pero nunca veía nada. Con el paso del tiempo perdió toda esperanza. Ya cansado, decidió construir una pequeña choza con ramas secas para protegerse del viento y la lluvia, y además, guardar las pocas pertenencias que conservaba. Pero un día, mientras escarbaba en el suelo en busca de algo de comida, vio sorprendido que su pequeña choza ardía en llamas: estaba siendo consumida por el fuego con todo lo que había dentro. La desesperación fue total. Ya no podía pasarle nada peor. Todo estaba perdido. El hombre estaba derrumbado: “¡Dios mío, cómo pudiste hacerme esto!”, exclamaba mientras lloraba amargamente. Al día siguiente, muy temprano, por la mañana, al hombre le despertó el sonido de un barco que se aproximaba a la isla. ¡Venían a rescatarlo! “¿Cómo supieron que estaba aquí?”, preguntó a los hombres que lo rescataron. “Tuviste suerte, - le contestaron - Vimos tus señales de humo”.*

Entre otras enseñanzas, esta parábola nos dice con claridad que Dios no abandona al hombre, ni siquiera en los momentos difíciles, en los que parece que Él no puede estar ahí y, sin embargo, sí que está. La quema de la choza, que parecía un mal añadido a la grave situación del naufrago, era, por el contrario, el comienzo de la salvación de la desastrosa situación en que se hallaba. El que le echaba la culpa a Dios de que se quemara su choza, resulta que estaba siendo ayudado por ese Dios, pues, gracias al humo que salía, los marineros de barco descubrieron que un hombre había naufragado y que necesitaba ayuda.

2. La primera lectura nos ha presentado también una especie de parábola escrita por el gran Isaías. Parábola, a la que hace referencia también el evangelio. Se trata del canto de amor a la viña. Esa viña a la que se refiere el profeta es el pueblo de Dios, *la casa de Israel, los hombres de Judá*. Como el mejor de los esposos, Dios cuida con esmero y trabajos llenos de amor (entrecavarla, descantarla, poner un lagar, construir una atalaya...) a su esposa, a su viña. Lo lógico era esperar *que diese uvas, pero dio agrazones*: los agrazones de la idolatría, de la ruptura frecuente de la Alianza, de la corrupción en la costumbres, de dar

muerte a muchos profetas. En este pueblo, la viña del Señor, se produjo igualmente el gran agrazón de condenar a muerte y crucificar al Hijo enviado por el Padre, verdadero dueño de la viña tal como enseña el evangelio que hemos leído y escuchado.

3. Esa viña tan cuidada por Dios también somos cada uno de nosotros, en cualquier situación o circunstancia en la que podamos estar. Por cada hombre o mujer, Cristo derramó toda su sangre. Así de grande fue su amor. Para cada uno de los mortales, Cristo fundó su Iglesia, instituyó los sacramentos y dejó como Madre a la que es su Madre, la Virgen Santísima. ¿Cómo pensar que, habiéndose entregado Cristo del todo por nosotros y estando a la diestra de Dios Padre, se olvide de los que ha salvado y nos deje abandonados a nuestra suerte, cuando nos encontramos con el dolor, los problemas, la cruz? El cristiano, en cualquier momento de su vida, es viña bien cuidada por el mejor de los agricultores, nuestro Padre Dios.

En momentos de angustia o enfermedad, Dios siempre está a nuestro lado. Nos acompaña, nos cuida, nos escucha y responde a nuestras plegarias, aunque a veces tengamos la sensación de que no es así. Tenemos a Dios, y Él es nuestro mejor amigo: nos conoce como nadie y nos ama con un amor tan grande y misericordioso que ninguna persona es capaz de darnos. En situaciones de dolor, apoyémonos en el Señor, el cual siempre nos hace compañía y, muchas veces si hace falta, hace de cirineo con nosotros. Pidamos al Señor que nos dé su luz para ver esto, siempre con claridad. El salmo 40 reza: *el Señor anda solícito por mí.*

4. Además de confiar siempre en Él, nuestra lucha ascética ha de tener un objetivo bien claro: dar uvas buenas y nunca agrazones. Como dice san Pablo, en la segunda lectura proclamada, tenemos que esforzarnos por vivir, cada uno en su estado y situación, el contenido de estas palabras paulinas: *todo lo que es verdadero, noble, justo, puro, amable, laudable; todo lo que es virtud o mérito, tenedlo en cuenta.* Estupendas uvas son éstas, que colaborando con la gracia de Dios podemos y debemos producir todos cada uno de nuestros días.

Los bautizados –así lo enseña el Vaticano II– estamos llamados a la plenitud de la vida cristiana, a la santidad personal y al apostolado. No podemos permitirnos el lujo, valga la expresión, de ser higueras estériles o vides que producen agrazones. No podemos consentir que, llamados a volar alto, muy alto, como las águilas, volemos como las gallinas de corral, a ras de tierra. Lo nuestro es dar muchos y excelentes frutos de santidad, a pesar de nuestra debilidad, de nuestros tropiezos y de nuestras miserias. Porque el Dios de la paz esta siempre con nosotros y de nuestra parte, podemos volar muy alto y dar siempre las buenas uvas de la santidad.

5. ¡Qué alto voló la que llamamos estrella de la mañana, nuestra Madre bendita del Cielo! Que Ella eleve y acelere nuestro vuelo hacia la santidad.